

Guardianes de la orientalidad*

por Gabriel Schutz

A partir de la tardecita del lunes, los periodistas deportivos vuelcan sus balances del fin de semana futbolístico frente a las cámaras de los noticieros. Cada uno consigna los resultados, evalúa las actuaciones individuales y colectivas de cada equipo y, eventualmente, emite un juicio que prescribe qué debería hacer cada quien para mejorar su rendimiento deportivo. Pero más tarde, en el canal estatal (Canal 5), existe un programa que se encarga de estas cuestiones y muchas otras: *Estadio Uno*. Los mismos seis hombres se sientan alrededor de una mesa redonda cada lunes, para discutir sobre deportes y especialmente sobre fútbol. El escenario de la polémica es parte de la casa de uno de ellos, Julio César Sánchez Padilla, que conduce el programa, controla los turnos, sirve los tragos y establece las pausas entre los bloques.

En *Estadio Uno* pueden escucharse frecuentes evocaciones al pasado futbolístico más glorioso de Uruguay: la conquista de la medalla olímpica en 1930 y del Campeonato del Mundo en 1950 en el brasileño estadio de Maracanã, así como los jugadores de aquellos años y sus características técnicas y humanas. Los polemistas suelen reivindicar la "rebeldía y el temperamento del jugador uruguayo" y destacar los méritos de los compatriotas que se desempeñan en el exterior e interior del país. Sánchez Padilla se presenta vestido con un saco blanco y una corbata clara. Normalmente se encoleriza y habla encima de la palabra de los demás. Se proclama públicamente como uno de los mejores

El autor

Egresado de la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay. Periodista y productor de programas audiovisuales.

* Este artículo se basa en un trabajo de Adrián Minutti y Gabriel Schutz.

árbitros del básquetbol que tuvo América y se sabe inmodesto.

Intuitivamente parece haber una contradicción: alguien que, en principio, viste y habla en tonos distintos a los de la generalidad de los uruguayos, evoca, al mismo tiempo, los capítulos de la historia nacional más invocados y utiliza las imágenes más gastadas. Para investigar esta aparente incoherencia es necesario pasar revista a algunos elementos que caracterizan el corazón semiótico de nuestra sociedad.

En *Pasos hacia una ecología de la mente*, Gregory Bateson dedica un capítulo a "Moral y carácter nacional". Allí distingue las comunidades modernas del tipo "crisol de fusión". Uruguay fue, justamente, una sociedad que se hizo a base de inmigrantes, cuya última oleada significativa ocurrió a mediados de este siglo. Para entonces, la heterogeneidad propia de estas comunidades ya había sido absorbida por grandes pautas trazadas a comienzo de siglo, que habrían de determinar ejes dentro de los cuales fluctuaría el carácter nacional, en sus vastas expresiones, hasta nuestros días.

Bateson afirma que "*si sabemos que un individuo ha sido adiestrado para la expresión abierta (...), por ejemplo, en la conducta del dominio, podemos predecir con certidumbre (...) que los gérmenes de la otra mitad (sumisión) han sido sembrados simultáneamente en su personalidad*".¹ De estos ejes bipolares es que hablamos cuando nos referimos a las pautas de comportamiento. El autor distingue dos elementos como precaución metodológica para poder hablar de carácter común, a saber: relación entre los grupos y entre individuos dentro de la comunidad, y tiempo suficiente como para que "*la comunidad alcance cierto grado de equilibrio o acepte el cambio o la heterogeneidad como una característica de su ambiente humano*".²

Sobre el primer aspecto, en *El "imaginario social" uruguayo y la dictadura* el historiador Juan Rial apunta que existen cuatro mitos en torno a los cuales giró el imaginario nacional durante los años felices: *medianía* para un Uruguay seguro y feliz; *diferencia* que nos distingue del resto de Latinoamérica; *consenso* en el acatamiento de las leyes, responsable de cimentar la democracia; y el país de los *ciudadanos cultos*.³

Esta enumeración mitológica sirve para contestar, en parte, cómo se relacionan los grupos e individuos dentro de la colectividad, y será útil a la hora de analizar la comunicación de *Estadio Uno*.

¹ Gregory Bateson: *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Carlos Lolhé, 1982, p. 118.

² *Ibidem*, p. 121.

³ Cfr. Gerardo Caetano y José Rilla: *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al Mercosur*, Montevideo, CLAEH-Fin de Siglo, 1994.

Así como el dominio–sumisión es un eje bipolar dentro del cual se mueve una sociedad, para el caso local, seguridad–inseguridad, medianía–destaque, diferencia–similitud, consenso–disenso constituyen gérmenes implantados, ajenos a la voluntad o la razón, en la sociedad uruguaya. Cómo comenzaron y hace cuánto tiempo son preguntas que exceden este artículo. Basten, a los efectos de justificar esta línea de análisis, las visiones históricas de Juan Rial, José Rilla e infinidad de historiadores que atribuyen al batllismo⁴ el origen de estos ejes, profundamente internalizados hasta la actualidad.

Desde esta perspectiva, la contradicción que aparecía a primera vista no existe. Más allá de sobresaltos, exabruptos o vestimentas extravagantes, *Estadio Uno* no escapa a los mitos citados. No son las arremetidas vehementes ni los disensos otra cosa que expresiones extremas (polos) de ejes fuertemente respetados. *En un programa donde la falta de orden aparece como la característica central, todo cuanto acontece está estrictamente signado por los ejes míticos a los que refiere Rial.*

Del deporte a la orientalidad: transvaloración

El escenario donde se desarrollan las acaloradas polémicas tiene mucho de pulpería. Detrás de la silla que ocupa el conductor del programa descansa una pintura al óleo, donde se ven tres gauchos galopando.⁵ A la derecha, se alza una barra provista de innumerables bebidas de industria nacional —algo que es objeto de orgullo para Sánchez Padilla y que repite con frecuencia—, sobre una repisa de madera que bien podría ser el fondo del mostrador de un

⁴ El batllismo es el movimiento político iniciado por José Batlle y Ordóñez, presidente de Uruguay durante las primeras décadas del siglo XX. Algunos historiadores, como José Barrán, atribuyen a Batlle y Ordóñez el proceso “civilizador” que introdujo el Uruguay moderno.

⁵ Cuando Uruguay era una colonia recibió la denominación de Banda Oriental, por estar situado al oriente del río Uruguay. Sus habitantes se designaron, entonces, como “orientales”.

Las pulperías eran parajes rurales donde los gauchos, hombres de a caballo, recalaban para aprovisionarse, tomar un trago y entretenerse. Todavía hoy sobreviven provisiones rurales parecidas a las viejas pulperías. La pulpería y el gaucho son referencias inmediatas a los tiempos en que los “orientales” luchaban por su emancipación. Los óleos que exhiben gauchos y la literatura gauchesca contribuyeron a convertir esta estirpe en iconos de “orientalidad”

bar. El centro del escenario lo ocupa una mesa redonda, en cuya base reposa flamante la pelota Panther (también producto de industria nacional). El resto de la pared está tapizado de banderas, banderines y trofeos de los distintos combinados del fútbol vernáculo. Por último, se alza el mapa de la Liga Federal: el proyecto artiguista que tenía, entre otros objetivos, lograr la unión regional, sustituyendo Buenos Aires por Montevideo como capital del virreinato colonial.

Este ambiente ofrece elementos para el análisis. El programa deportivo se desarrolla en un entorno que hemos dado en llamar "pulpería urbana". Seis periodistas se congregan alrededor de una mesa redonda y discuten, pero no necesariamente de fútbol. Los temas abarcan desde las declaraciones de algún jerarca político hasta los saludos de un capitán que reside en la base uruguaya de Antártida. Incluso, las anécdotas personales, particularmente las del conductor, tienen cabida. En la emisión del 4 de diciembre de 1995, Sánchez Padilla narró un encuentro con un inspector de tránsito que miraba su programa. Aquel le había confesado: "*yo no soy futbolero, pero el programa de ustedes me gusta mucho*". Sánchez Padilla le preguntó entonces: "*¿y no es futbolero?*", a lo que el otro contestó que seguía el programa "*porque es muy entretenido; aprendo muchas cosas*".

Cuando el diálogo se centra en el fútbol, casi inevitablemente está acompañado de valoraciones sobre la condición de los uruguayos o, mejor, de los orientales. "*La mayoría de los jugadores uruguayos tienen ese temperamento*" (J. C. Sánchez Padilla, misma emisión). "*Es la rebeldía del jugador uruguayo que en la mayoría de las situaciones adversas logra empatar o ganar un partido*" (Ariel del Bono, otro integrante de la mesa, lunes 11 de diciembre de 1995).

"*En el Uruguay somos así. Genéticamente los uruguayos tienen disposición al deporte y, concretamente, al fútbol*" (Jorge Crossa, también parroquiano, misma emisión). Así, surgen expresiones que ya son clásicos: "nuestro bendito país", "orgulloso de ser uruguayo" y otras de ese tenor.

De esta manera, 22 hombres que procuran enviar un balón entre tres palos, con determinadas reglas que el grueso de los uruguayos conoce, pretextan verdaderas introspecciones a propósito de la identidad nacional (en su acepción vulgar). De la vasta gama de aspectos que reviste la problemática del fútbol, sólo se escogen aquellas cualidades que tienen que ver directamente con los mitos uruguayos. Estos y no otros son los signos que aparecen en el seno de las discusiones: los que representan los aspectos orientales. De ahí la importancia del entorno estilo pulpería, de la grappamiel⁶ o de la pelota Panther.

⁶ Bebida alcohólica popular, de invención nacional y ganadora de concursos internacionales de barmen. Como su nombre lo indica, es una mezcla de grappa y miel.

Cuando, en una de las emisiones del programa se deslizó la sospecha de que Sánchez Padilla no simpatizaba con los argentinos, por el comportamiento violento de sus hinchas o porque Diego Maradona usaba drogas (lo cual enfrenta los mitos de medianía y consenso en el acatamiento de las normas), el conductor de *Estadio Uno* abrazó y besó el mapa de la Liga Federal (que contiene a Argentina). Esta respuesta no fue sino una representación referida a la orientalidad frente a un cuestionamiento que, en sí mismo, no remitía a dicho aspecto. De la infinidad de opciones para refutar la sospecha sobre su eventual antipatía frente a los argentinos, Sánchez Padilla escogió una que refería directamente a la orientalidad.

Así, en un programa que, en principio, se presenta como deportivo, opera una construcción que se nutre de distintos signos (iconos, objetos, comentarios, acciones, etc.) y los relaciona con los mitos enunciados por Rial. Mediante este mecanismo, desde lo deportivo se construye y reconstruye la idea de orientalidad.

Tanto los elementos que integran la decoración del escenario y los protagonistas de la polémica, cuanto su discurso, son signos que adquieren un transvalor con relación al objeto del programa (el fútbol, el deporte); y de la traducción de estos signos (transvalor) surge la orientalidad. Precisamente, la transvaloración es un mecanismo engendrador de mitos.⁷

En los años de la última dictadura militar (1973-1984) también pueden hallarse mecanismos de transvaloración que remiten a la orientalidad. La ideología propia de las Fuerzas Armadas que tomaron el poder, mediante un golpe de Estado, condenaba el presente y el pasado inmediato y proponía, subrepticamente, una idea de retorno a un pasado mitificado. Militares, viejas clases dominantes agrarias e industriales, comerciales y financieras, todos expresaban añoranza por el período en el que la situación sociopolítica y la coyuntura económica aseguraban su hegemonía. El retorno de aquel estilo señorial, oligárquico, perteneciente a los años treinta, era la aspiración de las Fuerzas Armadas y sus seguidores civiles. También aquellos años fueron dorados para el deporte y, más aún, para el fútbol. Por eso, cuando vemos un mapa de la Liga Federal, cuando se evocan las grandes conquistas o, sencillamente, los uruguayos son designados como orientales, también allí hay una nostálgica, mítica, evocación de un pasado más feliz, cuya reconquista sería deseable para los tiempos que corren. Sánchez Padilla brega en una de sus emisiones porque "*continuemos siendo habilidosos, como en otra época, pretérita época*". Así, la nostalgia de algunos sectores se presenta como una aspiración de la sociedad uruguaya en su conjunto.

⁷ Cfr. Fernando Andacht: *Signos reales del Uruguay imaginario*. Montevideo, Trilce, 1992.

De esta manera, el Uruguay moderno, el de los ciudadanos cultos, ejemplo para el mundo, es un valor a rescatar. Incluso, en el discurso político acerca del papel uruguayo en el Mercosur, los distintos planteos recogen estas características, al proponer un "país de servicios" o una tierra con inmejorables condiciones (culturales, étnicas, geográficas) para constituir la sede del proyecto de integración.

De hecho, Sánchez Padilla quiso ser militar: "*Nací en Canelones, hice la escuela ahí y el liceo militar y naval (...) Nunca habría llegado a general. Con mi carácter habría sido difícilísimo que llegara*" (en declaraciones a la revista *Convivir*, 15 de abril de 1995). Podría esto ser una simple coincidencia, pero lo cierto es que no deja de existir una clara vocación autoritaria. En todo caso, el discurso de las Fuerzas Armadas y el de *Estadio Uno* son ambos chauvinistas. Ambos exaltan un Uruguay superior a otras naciones; un país cuyas cualidades justifican una posición central en el Mercosur; un país único, indiscutible, sin alternativas que escapen a los límites que imponen los mitos relevados por Rial.

La vigencia de los mitos y su procesamiento en *Estadio Uno*

En el inicio de este artículo hacíamos mención a los cuatro mitos apuntados por Juan Rial: una ciudadanía culta, educada en el acatamiento al orden y al ejercicio medido de la vida pública, hacen la diferencia del Uruguay mítico. Pasar revista a algunos de los programas, declaraciones y letra escrita de los protagonistas de *Estadio Uno* probará la vigencia de las observaciones del historiador.

"Como el Uruguay no hay"

"El conformismo nos lleva inexorablemente a ser mediocres. Y yo entiendo que mi país, este pequeño país, es el centro de toda América, no solo de América Latina. El país nuestro es perfecto: no tiene terremotos, no tiene discriminaciones raciales, no tiene problemas de negros, no tiene nada. Tenemos todo para ser un gran país" (Julio Sánchez Padilla, revista *Convivir*). Una diferenciación que nos distancia del resto de América —Estados Unidos incluido— y nos hace singulares. Hay una clara inclinación por proponer a este país como un sitio étnica, geográfica y moralmente privilegiado. Por eso es "un bendito país". Bien

podría ingresar en esta nómina de bondades uruguayas la del país de los ciudadanos cultos. No sería raro escuchar eso en una emisión televisiva de *Estadio Uno* y, contrariamente, llamaría la atención escuchar de boca de uno de los protagonistas que se trata de un país de ignorantes.

En el escenario aparecen, además de lo apuntado, una bandera uruguaya, una foto de Carlos Gardel y una antigua caja registradora. Los anunciantes del programa son productos típicamente uruguayos: grappamiel Vesubio, diario La Mañana, lubricante Synth 5W50 (de Ancap), Bus de la Carrera, diario El País, cerveza Pilsen, termos Lumilagro, trofeos Rodas, neumáticos Funsu, productos porcinos Cattivelli, diario Cambio, del departamento de Salto, pelotas Panther, etc.

Con relación al fútbol nacional, Franklin Morales, uno de los parroquianos de la mesa, escribía en uno de sus libros, titulado *Fútbol: mito y realidad*: "... por eso es como es. De la única y auténtica manera que podía ser para expresar esa integración de razas y culturas amasada en la calle. Adquirió del inmigrante un instinto conservador; es a veces nostálgico, a veces alegre, tiene ritmo de tango y se mira orgulloso en el espejo de su coraje, bebido del ancestro gaucho del criollo".⁸ Morales, quizá la opinión más respetada por sus compañeros de mesa, la que encarna la sapiencia de los años, según sus colegas (Sánchez Padilla se dirige a él como "*el profesor*"), no nos dice nada sobre mito o realidad. La descripción que nos ofrece puede o no contener belleza estilística, pero conceptualmente es vacía y arbitraria. ¿Cómo podemos asegurar con ligereza que el inmigrante es conservador? ¿Qué cualidad plástica del jugador uruguayo remite a la coreografía tanguera? Y, en todo caso, ¿no podría decirse lo mismo de Argentina y sus jugadores, y echar por tierra la exclusividad que Morales atribuye al futbolista uruguayo?

El análisis de las declaraciones anteriores revela la presencia de los mitos, propuestos por Rial, en el discurso de los integrantes de *Estadio Uno*. Sánchez Padilla coloca a Uruguay como un virtual centro latinoamericano; de su discurso se desprende la imagen de medianía, de consenso, de ciudadanos cultos. Franklin Morales diferencia al jugador uruguayo del resto de los futbolistas y lo distingue del resto de los profesionales del fútbol mundial, valiéndose del mismo mito.

Cada lunes, Sánchez Padilla difunde las revistas nacionales, sirve un trago de grappamiel Vesubio ("*la marca*") y luego besa efusivamente la botella. Mientras, el logotipo del programa, la torre del Estadio Centenario, emblema de la gloria futbolística nacional, aparece en la pantalla de televisión. Al cerrar el

⁸ Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, p. 7.

programa, su conductor sintetiza en forma inmejorable lo que hemos tratado de ilustrar: "*Señoras, señores, bendito país: Hasta el lunes*" (18 de diciembre de 1995).

Medianía y consenso

Estadio Uno cumplió 25 años de existencia en 1995. Siempre conservó una estructura de mesa redonda, más allá de la aparición física de ésta ante cámaras. Su conductor siempre fue el mismo, sólo varió el resto de los integrantes. Los seis se sientan siempre en el mismo lugar. Sólo el conductor se mueve, pasea, sirve tragos.

Hay tres cámaras estáticas. Ni *travellings* ni paneos ambiciosos. Todos usan corbata. A la izquierda de la pantalla, los dos más jóvenes: Jorge Crossa y Juan Carlos Scelza. Franklin Morales y Sánchez Padilla, de 62 y 63 años respectivamente, están en el centro. Ariel del Bono y Ruben Casco completan la rueda, a la derecha.

Padilla se refirió a sus compañeros de mesa de la siguiente manera: "*¿Quién puede hablar de Franklin Morales? Es un profesor. ¿De qué manera se puede hablar de Crossa? Es un señor periodista. Juan Carlos [Scelza] empezó de jovencito y hoy es todo una autoridad juvenil del periodismo deportivo. Casco: agresivo, pero ¡una tradición! Ariel del Bono. ¿Qué podemos decir de Ariel? Que es el hombre parsimonioso, gentil...*" (entrevista citada).

En el discurso aparecen elementos interesantes: Scelza es considerado una autoridad *juvenil* cuando tiene más de 35 años. De Casco resalta su tradicionalismo. Morales "*es un profesor*", "*un hombre que nos abrumba con sus conceptos olímpicos*" (fue medalla de oro olímpica en periodismo).

Fernando Andacht afirma que "*el imaginario inaugurado por el Mumi⁹ Batlle y Ordóñez sólo tiene cabida para el ciudadano medio, religiosamente laico, educado, partisano de un orden democrático y partidario (...) Buena parte del sueño del Mumi uruguayo implica una colectivización del sentimiento*".¹⁰

⁹ En la Polinesia, el Mumi es un miembro de la tribu Siuai que se sirve de sus habilidades persuasivas para convencer a otros de realizar un banquete. Si la empresa es exitosa, es designado Gran Jefe o Mumi. De la misma manera, Batlle y Ordóñez obtuvo la presidencia a través de conversaciones privadas con diputados y senadores contemporáneos, a los que hacía promesas. Para una aproximación a las prácticas políticas de José Batlle y Ordóñez, véase Olga Beltrand: "El batllismo y el radicalismo, notas para un análisis comparativo", en *Revista de la CEPAL*, n^o 24, diciembre 1984.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 29.

Paralelamente Sánchez Padilla dijo a *Convivir* que, "...es una mesa en la cual estoy rodeado de cinco hombres, que pensamos distinto, que tenemos colores políticos distintos —que de pronto no aparecen—, que tenemos sentimientos deportivos distintos. O sea, es una mesa comunitaria".

Las edades de los seis protagonistas (cinco de los cuales sobrepasan los 50 años), sus maneras de expresarse, las formas de asimilar las disidencias, cuadran en lo que Andacht entiende por *mesocracia*: una estirpe que adscribe con el Uruguay mítico según los ejes relevados por Rial. Las polémicas, frecuentemente subidas de tono, no amenazan sin embargo el mito del consenso. No obstante, no se trata de un consenso originado a partir de una discusión plural, sino impuesto por el dueño y conductor del programa. Hay un "jefe", Sánchez Padilla, y un "consenso" (sometimiento) en cuanto a su rol. De él depende que un tema siga, se interrumpa o concluya definitivamente, tanto como que la publicidad se cuele en medio de la discusión. Sánchez Padilla oficia como la ley; una ley ejercida autoritariamente, que, ante cualquier cuestionamiento, puede legitimarse oponiendo decibeles vocales u ordenando "ir a nuestros anunciantes".

Cuando vemos al conductor de *Estadio Uno* deambular por el escenario con traje blanco y corbata clara, arremeter con intervenciones vehementes o interrumpir a voluntad (todas características que difieren del uruguayo medio), no por eso podemos decir que escapa a la medianía o, peor, que transgrede. Ya ofrecimos una serie de razones por las cuales entendemos que es un programa eminentemente mesocrático, más allá de sobresaltos. Lo que podría aparecer como excepcional o directamente opuesto a los mitos citados no es sino una manifestación (eventualmente extrema) de ellos y hacia ellos o, siguiendo a Bateson, el germen complementario. En la edición de *Convivir* que venimos citando, Juan Carlos Scelza se refiere al conductor de *Estadio Uno* como alguien que "gira bruscamente del blanco al negro". Por cierto, Sánchez Padilla tiene esa cualidad. Puede hacer un discurso que podría pasar por el de un político tradicionalista o sorprender con una actitud diametralmente opuesta, pero, en todo caso, el eje de acción es siempre el mismo: la reivindicación de la mesocracia. La sorpresa deja de ser tal para convertirse en un efectismo fugaz.

Conclusiones

Las apariencias engañan. No escapan Sánchez Padilla ni ninguno de los parroquianos de *Estadio Uno*, por mucho que polemiquen o por los ropajes

“extravagantes” que vista el conductor, a los mitos que rigen el imaginario social mesocrático del Uruguay. Por el contrario, son promotores, engendadores, propagadores de estos mitos. Son guardianes de la orientalidad. La transvaloración engendra estos mitos y convierte al programa deportivo en una propuesta de divulgación orientalista. El entorno y el discurso de los seis protagonistas del programa avalan estas afirmaciones.

La vehemencia o el aparente desorden no son sino polos complementarios que delimitan los ejes dentro de los cuales se maneja el programa todo. *Estadio Uno* puede no tener un libreto rigurosamente preestablecido, pero es, sin embargo, predecible, hasta ordenado, una vez que quedan manifiestos los ejes a que nos referíamos. Estos ejes están delimitados por polos dentro de los cuales fluctúa, a veces bruscamente, el comportamiento del conductor y sus compañeros. Sin embargo, la brusquedad no debe ser motivo de engaños, puesto que *Estadio Uno* es esencialmente una propuesta hecha por y para mesócratas.

Resumen

Estadio Uno es un programa de televisión en el que cada semana los mismos seis hombres, sentados alrededor de una mesa, polemizan sobre deportes, en especial sobre fútbol. Ciertas características atípicas del programa, y sobre todo de su conductor, junto con el recurso a algunos de los tópicos más manidos en la cultura uruguaya, podrían aparentar incoherencia si fueran observados con una perspectiva ingenua. Este artículo postula que, más allá de algunas extravagancias, el programa y sus integrantes reflejan y promueven cada uno de los mitos que, según el politólogo Juan Rial, rigen el imaginario social mesocrático del Uruguay.